



























la ventana. Por las tardes, la gente se sienta en los bancos ante sus puertas y charlan sobre otros vecinos con su vecino. Y cuando los otros vecinos se unen, hablan sobre otros vecinos distintos. Pues «vecinos» son aquí todos. Incluso aquellos que viven en los dos extremos de la ciudad.

El extraño nombre me lo puso mi madre. Muchas veces me he enfurecido por ello. Los niños dicen que huele a botica. Y los jóvenes dicen algo mucho peor de lo que no quiero dejar constancia aquí.

Hasta donde soy capaz de recordar, mi madre siempre estaba enferma. Nunca la oí reír. Cuando sonreía, parecía incluso más triste que cuando estaba seria. Cuando antiguamente jugaba en la plaza del mercado con los niños y la veía en la ventana, me asustaba mucho. Desconozco el porqué. Recibía una punzada cuando veía allí su agradable, pálida y melancólica carita.

Cuando cumplí los diez años, madre enfermó tanto que el doctor la envió a Davos. Un año entero permaneció allí. Primero la eché mucho de menos, pero después casi la olvidé. Durante aquel tiempo nos divertimos mucho. Padre invitaba a mucha gente. De vez en cuando también venían los parientes, aunque ellos son menos divertidos.

Tenemos muchos parientes. Las hermanas de madre viven todas en granjas al norte de Frisia. Solo mi tío Henning y mi tía Wiebke, hermana de mi madre, viven aquí. También hay que añadir a tía Frauke, que está casada con Pohns Lehnsmann. Es tan avara que sería capaz de comerse a sí misma. Además, están el hermano de madre, Ratmann Thomsen, y otro hermano, Dirk Thomsen. Y un cuñado, Hinerk Larsen, cuya mujer, también hermana de madre, murió de tuberculosis. Y muchos más. Padre solo tiene una hermana, tía Frieda, soltera, jorobada y que vive aquí. Esta es la que menos soporto. Siempre encuentra algo molesto en mí. Lo mismo voy demasiado arreglada